

No me acuerdo de nada

Hace años que las cosas se me olvidan. Me pasa por lo menos desde los treinta. Lo sé porque entonces escribí algo sobre este asunto. Tengo pruebas. Por supuesto, no recuerdo exactamente dónde ni cuándo lo escribí, pero seguro que podría averiguarlo si hiciera falta.

Cuando empecé a olvidarme de las cosas, se me escapaban las palabras y los nombres. Hacía lo que normalmente hacen ustedes cuando les pasa lo mismo: buscar en un diccionario mental y tratar de imaginarme por qué letra empezaba la palabra y cuántas sílabas tenía. Al final, el objeto perdido volvía flotando a mi cabeza, y lo recuperaba. Nunca interpreté estos lapsus como augurios del destino; tampoco como signos de vejez o de senilidad real. Siempre sabía que lo que olvidaba volvería tarde o temprano. Una vez fui a una librería a comprar un libro sobre la

enfermedad de Alzheimer y me olvidé del título. Me hizo gracia, entonces la tenía.

Hay una cosa que nunca he sido capaz de recordar: el título de esa película de Jeremy Irons. La que trata de Claus von Bülow. Ya saben cuál. Solo me acordaba de que tenía cuatro palabras, y de que la tercera era «Von». Durante muchos años esto no me molestó nada, porque no conocía a nadie que se acordara del título. Una noche fui al teatro con un grupo de ocho personas y nadie conseguía acordarse. Por fin, en el intermedio, alguien salió a la calle y lo buscó en Google; nos informó y todos prometimos recordarlo para siempre. Que yo sepa, los otros siete lo recordaron. Yo, en cambio, solo recuerdo que tiene cuatro palabras y que la tercera es «Von».

Por cierto: esa noche, cuando por fin pescamos el título, todos coincidimos en que era un mal título. No me extraña que no nos acordásemos.

Voy a buscar en Google el nombre de esa peli. Vuelvo enseguida...

El título es: *El misterio Von Bülow*.

¿Quién va a acordarse de un título así? No tiene nada que ver con nada.

En fin, lo importante es que hace años que las cosas

se me olvidan, pero ahora se me olvidan de otra manera. Antes creía que podía recuperar lo perdido de un modo u otro, y guardarlo en la memoria. Ahora sé que no es posible. Lo que se fue se fue para siempre. Y lo nuevo no se queda.

La otra noche conocí a un hombre que me contó que tenía un trastorno neurológico y era incapaz de recordar las caras de la gente. A veces se miraba en el espejo y no tenía la menor idea de a quién estaba mirando. No pretendo minimizar su dolencia, que seguramente es un síndrome con todas las de la ley y tiene un nombre largo que se escribe con mayúsculas, pero lo único que se me ocurrió decirle fue: Bienvenido a mi mundo. Hace un par de años, el actor Ryan O'Neal confesó que recientemente, en un funeral, no había reconocido a su hija Tatum, y que pasó a su lado sin darse cuenta. Todo el mundo lo criticó por esto. Yo no. Un mes antes, en un centro comercial de Las Vegas, una mujer muy agradable se me acercó, sonriendo y con los brazos abiertos, y pensé: ¿Quién es esa? ¿De qué la conozco? Cuando abrió la boca vi que era mi hermana Amy.

Pensarán ustedes: Bueno, ¿cómo iba a saber que su hermana estaba en Las Vegas? Lamento decirles que no solo lo sabía sino que había quedado con ella en ese centro comercial.

Todo esto me pone triste, y nostálgica, pero sobre

todo me hace sentir vieja. Tengo muchos síntomas de vejez, aparte de los físicos. De vez en cuando me repito. Empleo la expresión: «Cuando era joven». Muchas veces no me entero del chiste, aunque hago como que sí. Si voy a ver una película o una obra de teatro por segunda vez es como si no la hubiera visto nunca, aunque la haya visto poco antes. No tengo la menor idea de quiénes son las personas que salen en la revista *People*.

Antes creía que mi problema era que tenía el disco lleno; ahora me veo obligada a reconocer que en realidad me pasa lo contrario: que se está vaciando.

Aún no he llegado al nadir de la vejez, a la Tierra de la Anécdota, pero estoy cerca.

Ya lo sé, ya lo sé: tendría que haber escrito un diario. Tendría que haber guardado las cartas de amor. Tendría que haber buscado un guardamuebles en Long Island City para todos los papeles que pensé que nunca necesitaría volver a mirar.

Pero no lo hice.

Y a veces me veo obligada a reconocer que no me acuerdo de nada.

Por ejemplo: conocí a Eleanor Roosevelt. Fue en junio de 1961 y yo iba a hacer mis prácticas de estudiante de políticas en la Casa Blanca de Kennedy. Todos los becarios de Wellesley/Vassar fuimos a Hyde Park para conocer a la antigua primera dama. Yo me

moría de ganas de conocerla. Cuando era pequeña, en el estudio de casa teníamos una foto de Eleanor Roosevelt con mis padres, en un teatro, entre bastidores, en la representación de una obra que habían escrito ellos. Mi madre llevaba un corsé y Eleanor llevaba perlas. Esa fotografía siempre me pareció un icono, si es que empleo bien la palabra, en cuyo caso sería la primera vez. Éramos de los miles de estadounidenses (en su mayoría judíos) que llamaban estudio al cuarto de estar y en el estudio tenían fotos de Eleanor Roosevelt. Yo la idolatraba. No me podía creer que fuese a estar en una sala con ella. Bueno, me preguntarán, y cómo fue ese día con Eleanor Roosevelt en Hyde Park. NO TENGO LA MENOR IDEA. No recuerdo qué dijo ni qué llevaba puesto; apenas guardo una imagen mental de la sala en que nos recibió, aunque recuerdo vagamente unas cortinas. Esto es lo que sí recuerdo: me perdí por el camino. Y desde entonces, cada vez que paso por Taconic State Parkway me acuerdo de que me perdí cuando iba a conocer a Eleanor Roosevelt. Pero de Eleanor Roosevelt no recuerdo nada.

En 1964 los Beatles vinieron a Nueva York por primera vez. Yo era reportera de un diario y me enviaron al aeropuerto a cubrir la llegada. Era viernes. Me pasé el fin de semana siguiéndolos a todas partes. El domingo por la noche salieron en el programa de Ed Sullivan. Se podría sostener que los sesenta empeza-

ron esa noche, en el programa de Ed Sullivan. Fue una noche histórica. Yo estuve allí. Vi el programa desde el fondo del Teatro Ed Sullivan. Recuerdo que las fans eran horribles: adolescentes que gritaban hasta desgañitarse y se portaban como idiotas. Pero ¿cómo eran los Beatles?, me preguntarán. Pues a mí no me hagan esa pregunta. Apenas los oía.

Estuve en la marcha de Washington, protestando contra la guerra de Vietnam. Esto fue en 1967 y se convirtió en el acontecimiento más importante del movimiento pacifista. En la marcha había miles y miles de personas. Yo fui con un abogado con el que salía por aquel entonces. Nos pasamos la mayor parte del día en un hotel, en la cama. No me siento orgullosa de esto pero lo cuento para explicar por qué, sinceramente, no recuerdo nada de la protesta, ni siquiera sé si llegué al Pentágono. Creo que no. Creo que nunca he estado en el Pentágono. Pero no apostaré ni un penique a una cosa ni a la otra.

Norman Mailer escribió un libro entero sobre esta marcha. Se titula *Los ejércitos de la noche*. Tiene 336 páginas. Ganó el Premio Pulitzer. Y yo no soy capaz de redactar siquiera dos párrafos sobre el tema. Si nos conocieran ustedes, a Norman Mailer y a mí, y tuvieran que adivinar a quién de los dos le interesa más el sexo, seguro que dirían que a Norman Mailer. Se equivocarían mucho.

Aquí van algunas personas a las que conocí y de las que no recuerdo nada:

El juez Hugo Black
Ethel Merman
Jimmy Stewart
Alger Hiss
El senador Hubert Humphrey
Cary Grant
Benny Goodman
Peter Ustinov
Harry Kurnitz
George Abbott
Dorothy Parker

Estuve en el partido de tenis de Bobby Riggs y Billie Jean, aunque desde mi asiento no pude ver nada.

Me manifesté delante de la Casa Blanca la noche de la dimisión de Nixon, y esto es lo que puedo contarles de aquella ocasión: me robaron la cartera.

Fui a muchos conciertos de rock legendarios y estuve todo el tiempo pensando cuándo terminarían y dónde iríamos a cenar después, y si el restaurante seguiría abierto para entonces y qué pediría.

Fui como mínimo a cien partidos de los Knicks y solo me acuerdo de la noche en que Reggie Miller marcó ocho puntos en los últimos nueve segundos.

Fui a cubrir la guerra de Israel en 1973, pero mi terapeuta me prohibió tajantemente acercarme al frente de batalla.

No estuve en Woodstock, aunque podría haber estado porque igualmente no lo recordaría.

En cierto modo, he desperdiciado mi vida. Porque, si yo no la recuerdo, ¿quién la va a recordar?

El pasado se me escapa y el presente es una lucha constante. Me resulta imposible seguir el ritmo. Cuando era más joven conseguía superar mi resistencia a las cosas nuevas. Tras una breve fase de negatividad, me entusiasmé con el robot de cocina Cuisinart. Sentía curiosidad por la tecnología. Me volví una gran defensora de los blogs y del correo electrónico: me parecían románticos; hasta hice películas que hablaban de esto. Ahora, en cambio, creo que prácticamente cualquier novedad se ha traído al mundo para que yo me sienta mal, porque mi memoria es cada vez peor, y he construido un muro para protegerme de casi todo.

Al otro lado de ese muro hay muchas cosas, enviando señales. A la mayoría de ellas no les presto ninguna atención. Pasé mucho tiempo sin saber cuál era la diferencia entre suníes y chiíes, pero lanzaban tantas señales que al final no tuve más remedio que aprenderlo. De todos modos, no puedo evitar preguntarme: ¿Por qué me tomé la molestia? ¿No bastaba

con saber que se caían mal? Además, de todas formas, ya se me ha olvidado.

Estas son algunas de las cosas de las que ahora mismo me niego a saber nada:

Las antiguas repúblicas soviéticas

Las Kardashian

Twitter

Todas las Mujeres ricas de Beverly Hills, los Supervivientes, los American Idols y los Solteros

El hermano de Karzai

El fútbol

El rape

Jay-Z

Cualquier bebida que se haya inventado después del cosmopolitan

En particular la que se prepara con hojas de menta machacadas. Ya saben cuál.

Voy a buscar el nombre de esa bebida en Google. Vuelvo enseguida...

El mojito.

Vivo en los tiempos de Google, eso es incuestionable. Y tiene sus ventajas. Si te olvidas de algo puedes sacar el teléfono rápidamente y buscarlo en Google.

El momento del lapsus mental ha dado paso al momento Google, y suena mucho más amable, moderno, juvenil y contemporáneo, ¿verdad? Si le pillas el truco al mecanismo de búsqueda casi puedes demostrar que estás al día. Puedes engañarte pensando que ninguna de las personas sentadas a la mesa te considera una abuela. Y encontrar el fragmento que falta es muy rápido. Se acabó la pesadilla del momento del lapsus mental: la larga búsqueda de la respuesta, las conjeturas, las recriminaciones a uno mismo, la perplejidad que te obliga a pellizcarte, chasquear los dedos de frustración. Simplemente vas a Google y lo recuperas.

No puedes recuperar tu vida (a menos que estés en Wikipedia; en ese caso, puedes recuperar una versión inexacta de tu vida).

Pero puedes recuperar el nombre de ese actor que salía en esa película, la de la segunda guerra mundial. Y el nombre de esa escritora que escribió ese libro, el del lío amoroso que tuvo con ese pintor. O el título de esa canción que cantaba esa cantante: la que hablaba de amor.

Ya saben cuál.